



Candy Crush

Cuando este artículo llegue a sus manos, amable lector, el Debate sobre el estado de la Nación habrá hecho correr ríos de tinta, llenado horas y horas de televisión con noticias, debates, encuestas, teorías sobre quién ha ganado o perdido el debate, quién ha estado más ocurrente, incisivo, nervioso, errático, electoralista, demagogico, propositivo o maleducado.

A pesar de ello y de las pocas horas pasadas desde su finalización, se ha convertido ya en historia, un vago recuerdo que llena papeleras y del que, sin duda, quedará la anécdota de una presidenta del Congreso (en funciones) jugando al popular Candy Crush en su tableta mientras habla el presidente del Gobierno. La actitud lúdica de Celia Villalobos no tiene justificación posible: ¡una digna representante de los ciudadanos debe estar atenta a un debate tan relevante como el del estado de la Nación!

Pero sería injusto (es injusto) hacer una caricatura fácil del debate de estos días en el Congreso de los Diputados o, si quieren, del debate político en general, convirtiéndolo en una imagen fácil y demagógica de políticos ociosos o de luchas propias de un coliseo en el que los gladiadores son sustituidos por portavoces de los partidos y las espadas por lenguas más o menos afiladas.

Y, sí, quiero romper una lanza por el debate político y no me importa ir contracorriente si con ello puedo defender unas profundas convicciones que, para mí, son la base de la convivencia y que significan el respeto a las reglas y la garantía de un sistema democrático que nos garantiza día a día vivir en libertad.



EUROPA PRESS

Muchos cenizos, algunos tertulianos del tres al cuarto que opinan sin tener ni idea o, peor aún, a sueldo de oscuros intereses, nos han atormentado con sus afirmaciones del tipo: un debate sin propuestas, otra oportunidad perdida, el final de un ciclo, etc., etc.

Creo que el debate fue útil. Creo que hubo propuestas y hubo interés por mejorar la vida de los ciudadanos. Sin embargo, mi crítica del debate en el Congreso y también de la política en general es la falta de sinceridad y la desfachatez de los portavoces de la derecha hablando de políticas sociales, de oportunidades para los desempleados, de esas maravillosas nuevas generaciones a las que tanto quieren y a las que tanto fastidian.

Hoy, más que nunca, la política entendida como el interés de lo público, de lo común, necesita propuestas claras pero también y sobre todo, sinceridad y transparencia. Durante demasiado tiempo la ciudadanía ha esperado en vano un gobierno capaz de entender su sufrimiento y tenderle la mano. Demasiado tiempo en España hemos asistido, perplejos, a las maniobras fumanbulas de un presidente del

La actitud lúdica de Celia Villalobos no tiene justificación posible: ¡una digna representante de los ciudadanos debe estar atenta a un debate tan relevante como el del estado de la Nación!

Gobierno que con una mano enviaba mensajes de ánimo al defenestrado Bárcenas, mientras con la otra recortaba derechos y servicios públicos.

Por todo ello es hoy necesario, aunque no debería dejar de sorprendernos, reivindicar la limpieza en la política, como hizo Pedro Sánchez, líder de la oposición, en el Congreso de los Diputados el pasado martes. Una limpieza en la que nos sentimos identificados y reflejados la mayoría de cargos públicos en nuestro país, y que como ciudadanos deberíamos exigir a todas aquellas personas que se dedican a la política. También a aquellos que a fuerza de gritar más creen que se pueden ir de rositas sin explicar demasiado facturas de origen dudoso.

Sólo así podremos iniciar el camino hacia la recuperación de la confianza ciudadana, fundamental para reforzar la calidad de nuestra democracia. Aunque también debemos ser conscientes de que para recuperar la credibilidad de la política necesitamos que sea mucho más capaz de entender el sufrimiento, los problemas y los anhelos de los ciudadanos.

Una nueva política que se desprende de muchas de las propuestas que Pedro Sánchez ha formulado en los últimos días: dación en pago; un nuevo Estatuto de los Trabajadores; reforma fiscal justa y progresista e implacable con el fraude; incremento del Salario Mínimo Interprofesional hasta el 60% del sueldo medio... Política limpia y vocación de servicio público frente a cinismo presidencial y jugadores de Candy Crush en momentos inoportunos. ●

**Diputado por el PSC y secretario primero en el Parlamento de Cataluña*